

sociales. Política económica territorial, de grupo y corporación, el pluralismo restablece, en lo posible, la forma representativa directa que tuvo la democracia griega y quiere que esta representación sea funcional y territorial a la vez. La funcional representada por los gremios industriales y por las corporaciones de cualquier carácter, tendrá atribuciones consultivas y las legislativas serán atribuidas a la representación territorial; pero ninguna ley podrá ser promulgada si no obtiene el consentimiento de los cuerpos consultivos. El pluralismo desconfía de los hábitos mentales que se originan en el ejercicio de las profesiones y considera que la razón y el interés de grupo no pueden producir sino una moral acomodaticia, en la que no cabe otra consideración de equidad y de provecho públicos, que la más conveniente para el sujeto agrupado. Vela, pues, por los intereses del consumidor tanto como por los del productor y no quiere permitir que ningún grupo o porción de sociedad pueda erigirse en árbitro de los destinos económicos del Estado, estableciendo a su favor monopolios de cualquier clase. Su concepto del internacionalismo tiene forma federativa y aspira a resolver los actuales conflictos bélicos, que nacen de la pugna de intereses políticos y económicos, bajo la férula de un derecho extraterritorial, garantizado por el interés común de las naciones federadas».—A. T.



EL CONGRESO DE ESCRITORES DE BUENOS AIRES, por *Domingo Melfi*.—Nascimento, 1936.

Ha hecho bien Domingo Melfi, en dejar estampadas en las páginas de este breve libro, sus impresiones y visiones recogidas en el Congreso de Escritores de Buenos Aires, al cual asistió como delegado de Chile. En aquella asamblea en la cual predominó la voz y el pensamiento europeos, su palabra fué la única que se alzó para fijar la posición del escritor de América. Lo hizo con

franqueza amable, no exenta de penetrante elocuencia para señalar los problemas que preocupan al escritor americano, para mostrar lo que acá se ha hecho y asimismo enrostrar a Europa el desdén con que se mira la producción literaria de este continente, citando un buen número de obras y autores que merecen la atención y el interés de los escritores europeos, que hasta ahora sólo han mirado a América como un mercado para su producción.

El debate en que le tocó intervenir a Melfi, fué el que se suscitó acerca de la función social del escritor, y con este motivo el delegado de Chile dijo verdades grandes como una montaña, que enaltecen y ponen de relieve la fuerza ideal que tiene la obra del escritor americano. «En Europa—dijo—el escritor vive sostenido por grandes núcleos, a veces por grandes masas de lectores que le estimulan y en cierto modo le defienden. En América, el escritor está siempre solo, o mejor dicho vive entregado a su propia suerte». Y más adelante agrega: «América forja lentamente su cultura, sin pretensiones de sobrepasar las culturas madres. Somos herederos de la técnica; pero aparte de la técnica, hay una carne americana, un dolor americano, una desesperación americana. Eso es la obra de sus escritores y eso es la médula de su función social: mostrar y hacer que sea menos duro el dolor».

Domingo Melfi, por su actitud levantada, por su orgullo de sentirse americano, allí donde no se habló de otra cosa que de los problemas políticos y de las inquietudes espirituales que hoy acosan a Europa, merece bien la gratitud de todos los escritores de este continente. Porque todos esos hombres que llegaron a tierra americana, se dedicaron a hablar de ellos, de sus conflictos, de sus persecuciones, de sus desgracias. Ni siquiera por cortesía se refirieron a América que en esa ocasión, si no se alza la voz de Melfi, les hubiera oído en medio del más absoluto silencio, de un silencio que en buenas cuentas era humillante para el pensamiento americano.

Pero no es sólo en este aspecto, en donde reside el mérito de la obra de Melfi. Hay en ella una cantidad de reflexiones del autor, alrededor de las escenas e incidencias que se suscitaron en las sesiones del Congreso, que tienen el más alto interés. Todas esas incidencias están contadas en un lenguaje lleno de esa fervorosa armonía que caracteriza el estilo de Melfi. Se ve a cada rato la pupila del artista, atenta y viva, al captar los detalles sutiles que un espíritu ligero no sabría coger, para hacer resaltar por medio de una hermosa imagen, o de una feliz comparación que sugiere todo lo que hace falta para que el lector se forme un concepto preciso y cabal del momento cuya impresión verdadera se desea dejar en él. Y eso está aquí conseguido ampliamente, a ratos embellecido y realzado, cuando las circunstancias así lo requieren, o ceñido con justeza admirable a la realidad, en otras ocasiones.

Así vemos surgir la silueta de Jules Romains, «con sus ojos azules de rápida insistencia al mirar»; a Cremieux con su barba negra y su sombrero alón que le da un aspecto de cazador que recién ha dejado la escopeta. Ludwig irascible y desdeñoso. Duhamel atildado, pulcro y con aire de unción al hablar. A Zweig, pálido reconcentrado, cuyos ojos se humedecen hasta dejar correr las lágrimas cuando Ludwig enfurecido, condena en su discurso las persecuciones de que son objeto los judíos, en la Alemania hitlerista. Son a veces, óleos de intenso colorido, como cuando traza las siluetas de Marinetti y de Ungaretti que con el cuello rojo y la faz congestionada amenazan a la delegación francesa gritándoles: ¡Cochons... cochons! Melfi, a pesar de no compartir la ideología fascista que ellos defienden, no puede, sin embargo, sustraerse a la simpatía humana que le provocan. Y ello se justifica ampliamente porque la raza tiene un llamado demasiado fuerte que es imposible desoír. En otras ocasiones como en el caso de Sofía Wadia, el retrato es una suave acuarela, envuelta en luz lejana y misteriosa.

Domingo Melfi, con este libro deja consignadas en páginas

de primer orden, una serie de notas e imágenes de indiscutible valía, de uno de los acontecimientos más interesantes de la literatura moderna. Es un documento que el tiempo irá valorizando cada vez más.—L. D. D.



CHACO. Novela de *Luis Toro Ramallo*.—Editorial Nascimento. 1936.

He aquí un libro hecho con recios jirones de vida y de dolor humano. Este libro no tiene trama novelesca y tampoco la necesita. Los acontecimientos y los motivos que se mueven dentro del relato tienen tal poder de atracción, tan vigoroso relieve, que el autor no necesitó buscar argumentos sino que recorrer con la imaginación el terrible escenario en donde la vida de miles de hombres era peor que la muerte. Por las páginas estremecidas y palpitantes cruza una ventisca de horror y desesperación, que como un torbellino de locura aulla por todos lados.

En una tierra hostil, terca y cruel como una pesadilla que no termina nunca, se hace la guerra. El sol, el bello sol fecundante y generoso, es aquí un enemigo que no da tregua. Es un océano inmenso, infinito, empavorecedor, aquella tierra en donde las semillas no fecundan para transformarse en flores y frutos deliciosos. La savia es un veneno maldito que desde que rompe la costra huraña del suelo se transforma en un quisco avieso que en vez de proteger al hombre es un enemigo más que aumenta su tormento. Fieras, reptiles y toda clase de alimañas, pueblan el monte erizado de acechanzas. La muerte allí ya no es un acontecimiento trascendental e imponente en su misterio inextricable, sino que es el hecho cotidiano, vulgar y mísero en su tremendo desamparo.

Luis Toro Ramallo, joven escritor boliviano, nos describe este ambiente dantesco, en páginas vibrantes de colorido, de fuer-